

## EUROPA: OBJETIVO 92

VÍCTOR E. CALDERÓN JACOBS

El año 1992 es una fecha mágica. Para los mexicanos es cuando puede firmarse el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, sobre el que están depositadas tantas y tan encontradas expectativas. Es también el año en que debe tomar cuerpo la batalla por la sucesión presidencial.

Pero el carácter de parteaguas asignado a este año trasciende nuestras fronteras. En 1992 habrá elecciones para escoger a los sucesores de George Bush y Mijail Gorbachov, entre otros. ¿Se logrará la paz en Medio Oriente? ¿Qué pasará en Cuba? En este año se conmemorará el quinto centenario de como usted califique la llegada de los españoles a América. Y además veremos los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Feria de Sevilla.

Nada de esto es poca cosa. Mas debemos recordar que antes que nadie, desde 1986 los europeos occidentales asignaron a 1992 un significado especial e histórico: en estos 12 meses deben superarse los obstáculos restantes que impiden la unificación europea. En justicia, y por sus consecuencias globales, el Objetivo 92 de los europeos merece un aparte.

### *Sueño antiguo, proceso reciente*

Si bien es cierto que a lo largo de la historia hubo quien soñó con la Europa unificada, el proyecto hoy vigente arrancó después de la Segunda Guerra Mundial. Derrotado el nazismo, diezmadas económicamente, con las colonias perdidas, con la Unión Soviética como amenaza y con Estados Unidos transformado en la gran potencia capitalista y hegemónica, Francia y Alemania decidieron que la integración era la fórmula necesaria para afianzar un nuevo lugar europeo en el mundo.

La producción y comercio del carbón y el acero, alma de la industrialización, fue el primer paso. A Francia y Alemania se sumaron Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Los seis conformaron en 1951 la Comunidad Económica del Carbón y el Acero, según la cual cada país no sólo liberó su comercio de esos productos, sino que cedió parte de su soberanía a una alta autoridad que velaría por el desarrollo de los yacimientos.

Complacidos con la fórmula, los mismos seis firmaron en 1957 los Tratados de Roma que apuntaban a crear en 12 años la Comunidad Económica Europea, una vasta zona de libre comercio y de unión aduanera, y la Comunidad de la Energía Atómica, para la utilización pacífica de la energía nuclear.

En aquel entonces se hablaba sólo de una intención, no un compromiso, para lograr algún día la unidad política y económica, y se establecieron cláusulas de salvaguarda que garantizaban la independencia de cada país para actuar según sus intereses. Por presión de los europeístas se habían creado las instituciones comunitarias como la Comisión, el Consejo, el Parlamento y la Corte de Justicia europeos, pero su peso real era relativo.

La Comunidad avanzó. Algunos plazos, como los referidos al abatimiento de muchas divergencias aduanales, se cumplieron antes de tiempo, y el libre comercio regional se convirtió en una realidad benéfica.

En 1973, Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda se sumaron a la Comunidad Económica. Lo hicieron porque el mundo entraba ya en crisis financiera y energética, y el aislamiento resultaba peligroso. Esos fueron los años más difíciles para los unificadores. La misma crisis internacional -en particular la disparidad del oro y el dólar, y el embargo petrolero-hizo que en el ánimo general menguara la fuerza de las tendencias unificadoras.

Paradójicamente de allí se sacaron fuerzas, y en 1979 se establece el Sistema Monetario Europeo, con el ECU (Eu-ropean Currency Unit) como "canasta" de monedas para las grandes transacciones comerciales comunitarias. En medio de la crisis, la prefiguración del mundo en bloques hizo que el imán comunitario fuera lo suficientemente fuerte como para que Grecia, el país más pobre de Europa después de Albania, ingresara a la CEE en 1981.

Dicen los europeos que fue necesario llegar al borde del abismo para resurgir. En 1985, ya decidido el ingreso de España y Portugal a la Comunidad, un *Libro Blanco* estableció que la única salida de la crisis era hacia adelante. Y así se programó. La ya entonces Europa de Los Doce, con el ferviente comunitario Jacques Delors como jefe de la Comisión Europea (Poder Ejecutivo), suscribió en febrero de 1986 el *Acta Única*, documento central del proceso europeo.

### **Objetivo 1992**

El *Acta Única* es uno de los proyectos más ambiciosos de la historia. Establece que a más tardar en 1992 deben derribarse todas las barreras necesarias para que se constituya un gran mercado interior en el que no haya fronteras físicas, técnicas ni fiscales que obstaculicen la circulación de personas, capitales, bienes y servicios. Además, el *Acta Única* establece que en 1992 debe lograrse la unificación político-diplomática

y de la moneda emitida por un banco central.

Eso no es todo. El proyecto comunitario abarca la armonización de las legislaciones laborales, agrícolas, de seguridad social, de protección del medio ambiente, de educación, y de comunicaciones en general. Se trata, en síntesis, de crear un universo común para los 320 millones de personas que deben habitar en los 12 países comunitarios al término de 1992.

Para lograr todo esto el *Acta Única* planteó 279 "propuestas de directiva" que engloban millares de normas técnicas en todos los ámbitos. Un optimista balance realizado a fines de 1988 señala que, en ese entonces, el Consejo de Europa había aprobado ya casi la mitad de las directivas específicas para concretar el gran mercado. Si bien en el documento se reconocen los problemas graves como la intransigencia británica ante la pérdida de soberanía, el pronóstico era alentador. Pero muy poco después de conocerse ese balance, el desquiciamiento de la historia tocaría a las puertas de lo que algunos han llamado la "utopía europea".

### *El terremoto del Este*

El desplome del socialismo real en Europa del Este en general, y la reunificación alemana en particular, fue la presión más grande que haya sufrido el proceso de integración de Los Doce. No es que antes no hubiera problemas además de los burocráticos. Unos han sido del dominio común como la mencionada resistencia de Londres a ir más allá del libre comercio. Otros eran menos comentados como las dificultades del "Sur" europeo (Grecia, España, Portugal) para estandarizar su planta productiva con la del "Norte" rico (Alemania, Dinamarca, Holanda), que tenía -y tiene- que seguir inviniendo dinero fresco para lograr el balance.

Pero esos y otros problemas palidecieron ante los retos planteados por el derrumbe de la *Cortina de Hierro*. Cuando la extinta República Democrática Alemana pasó a formar parte de Alemania Federal, los europeístas temieron que Alemania, hasta entonces líder del europeísmo, se abocara a sus problemas internos en lo financiero, tecnológico y político, lo que en efecto parece estar sucediendo.

Pero no sólo eso. El desplome de Europa del Este acercó nuevamente a la órbita alemana a los países del Danubio -Austria, Checoslovaquia y Hungría- y a Polonia. Todos ellos ven en el gigante germano al mejor mercado para sus productos y al gran inversor indispensable para fortalecerse. Claro que Austria y Hungría han solicitado ingresar a la CEE como tal, pero su objetivo primordial es Alemania.

El gobierno de Helmut Kohl ha establecido además compromisos muy grandes con lo que queda de la Unión Soviética, a la que se propone canalizar al menos 25 mil millones de dólares en los próximos años, además de financiar la creación de la eventual república del Volga, en Rusia, para los alemanes étnicos que allí viven.

Y de cara a la desintegración de Yugoslavia, Berlín se inclina a reconocer la independencia de Croacia y Eslovenia, a fin de ampliar su "zona de influencia".

Nada de esto gusta a algunos socios europeos como Gran Bretaña. Margaret Thatcher no sólo repudiaba la idea comunitaria como algo más que un espacio de libre comercio, sino que además temía la hegemonía del marco y, en general, de la estructura financiera germana. Paradójicamente, con los acontecimientos del Este los conservadores europeos defenestraron a la *Dama de Hierro* para facilitar las negociaciones comunitarias y amortiguar el gigantismo alemán. Pero la nueva postura de Londres no acaba de resolver la lista de conflictos que va en aumento.

El *terremoto* del Este acabó de definir la intención de Austria, Suiza y Suecia de sumarse a la CEE. Y no sólo ellos. Turquía ha presentado también su solicitud para integrarse a la Europa comunitaria, lo cual se dificulta por los conflictos que existen entre ese país y Grecia, socio pleno de la Comunidad desde 1981. Grecia puede obstaculizar el ingreso turco a la CEE, sentando así un grave precedente.

Las presiones para ampliar la Europa de los Doce se han hecho tan fuertes que al final tuvo que tomarse una decisión: en octubre del año pasado la CEE se comprometió a establecer este año una zona de libre comercio con los países que integran, valga la redundancia, el Acuerdo Europeo de Libre Comercio (EFTA), es decir Suecia, Noruega, Finlandia, Austria y Suiza.

Hay quien dice en México que esa compleja ampliación del universo europeo es en su beneficio y hace más grande el reto para países como el nuestro. Pero se entiende que el nuevo proyecto dificulta cumplir con el modelo acordado en 1986 y que debe alcanzarse al terminar este año.

### *Del dicho al hecho...*

La crisis internacional planteó más obstáculos a uno de los compromisos del *Acta Única Europea*: alcanzar la unificación política y la diplomática. Yugoslavia es el ejemplo más reciente de la pluralidad de intereses diplomáticos, pero las divergencias afloraron también en la guerra del Golfo Pérsico. Y es que por la crisis del Este revivieron las tendencias nacionalistas expresadas en la activa xenofobia racista, que también tiene una veta anticomunitaria.

El año pasado Francia y Alemania anunciaron la creación de una fuerza militar común, más allá de la colaboración que ya practican. París y Berlín esperan que a esa fuerza se sumen los otros socios comunitarios. Gran Bretaña, recelosa siempre de la dominación franco-germana en Europa, advirtió que

ello contravendría la aún vigente Alianza Atlántica (OTAN). El mismo George Bush advirtió que Europa debe decidir qué es lo que quiere de Estados Unidos en términos de alianzas. El caso sólo aumentó la lista de conflictos que deben resolverse este año para cumplir con el Objetivo 92.

Las elecciones municipales en países como Francia mostraron en los últimos años la presión para que los gobiernos se inclinaran más a la derecha nacionalista empresarial. Esos sectores políticos creen en la Europa unida como un "coto" para las grandes élites empresariales, que sostienen su voluntad a llegar a acuerdos pero no apoyan la Europa social (que algunos califican socialdemócrata) unificada que impulsan Delors y sus seguidores.

Un ejemplo de este conflicto es el proyecto de política agrícola común. Francia aporta el 23% de la producción agraria de la Comunidad, pero sus agricultores estiman que la política ya alcanzada de subsidios y balance les significa grandes pérdidas, por lo que protestan con todos los medios a su alcance para que París defienda sus intereses y no los de la Comunidad. Así, la "política agrícola común", anunciada como un logro rumbo al 92, podría muy bien verse amenazada antes de cumplido el plazo.

Estos problemas van en detrimento de la unión política a la que Los Doce se comprometieron en diciembre último. Londres aceptó que se dieran más poderes al Parlamento Europeo para no quedarse fuera de la unión, mientras que España -que ve en la integración plena la solución a sus problemas- se quejó de que la unión es más simbólica que real por las pocas atribuciones de las instituciones comunitarias.

Se alcanzó ya el compromiso de la unificación monetaria, pero las fuentes consultadas en México insisten en que del dicho al hecho, hay un gran trecho. Y es que las presiones comerciales del Este, de Estados Unidos y Japón no son iguales sobre Alemania que sobre Grecia, por ejemplo, por lo que difícilmente puede esperarse que Berlín renuncie al poderío del marco.

### *Vulnerabilidad del proyecto*

Si consideramos al Objetivo 92 desde la perspectiva del vaso medio lleno, podemos ver que, en efecto, la Europa de Los Doce se perfila como un mercado común listo para pelear con dureza en la guerra de bloques que pronostican tirios y troyanos para el futuro que ya llegó. Quedan por resolverse en los próximos meses desacuerdos fiscales y monetarios graves que sin embargo no opacan, ni mucho menos, el peso de la Comunidad.

Pero el vaso medio vacío les toca a los defensores de una Europa común, una federación europea circunscrita a 12 antiguas naciones que puedan integrarse plenamente. Habrá libre tránsito de capitales, bienes, servicios y personas. Pero la Carta de Derechos Sociales, el libre ejercicio profesional, las telecomunicaciones unificadas, y sobre todo la sumisión a instituciones comunitarias supranacionales, se perfilan más bien como buenas intenciones y compromisos diplomáticos vulnerables a los cambios internos y externos que seguirán produciéndose.

Rafael Segovia, europeísta de El Colegio de México, dice que el primero de enero de 1993, cuando ya debería existir la Europa unificada, el mundo despertará con una Europa integrada sólo en ciertos ámbitos. El sueño de la Europa unificada seguirá tratando de hacerse realidad.